

na han dado a su paleta el colorido vivaz y pimpante que llega a su expresión máxima en esta última exposición. Ella es también una admirable prueba de la sinceridad de su arte.

Exposición superrealista

El grupo «Mandrágora», que dirigen los poetas Jorge Cáceres y Braulio Arenas, ha exhibidos sus obras colocadas bajo la advocación del superrealismo. Los envíos estaban constituídos por *collages*, «objetos plásticos», pinturas, ilustraciones de poemas y *fotos*.

Los animadores de esta exposición han demostrado en repetidas ocasiones su espíritu contumaz y el entusiasmo que sienten por el arte de inspiración abstracta, por el arte, en definitiva, que dirige sus alusiones al mundo indeterminado del subconsciente. El hecho evidente del anonimato, en que se desenvuelven estas actividades no produce en ellos desánimo para volver a la tarea con el corazón alto y la fe encendida por la pasión creadora.

Debemos consignar un hecho halagüeño. Esta exposición señala un evidentísimo progreso sobre la anterior. Y ello se debe a una mayor y más consistente valoración de los elementos puramente plásticos. El fenómeno no deja de estar pleno de advertencias para quienes olvidan que el arte debe ser, ante todo, conquista de la forma o de la expresión visual. Si Antúnez, pintor de excelentes condiciones artísticas, incorporado recientemente al grupo, tras su experiencia objetiva, obtiene de golpe la admiración de los visitantes se debe al hecho de mantener en esta nueva etapa muchos soportes del arte real. Antúnez expresa ciertos estados de ánimo con un lenguaje absolutamente legible. Esto explica muchas cosas y, especialmente, nos pone en la pista del momento impopular que sufre la pintura *surrealista*.

Por el contrario, tanto Cáceres como Braulio Arenas han llegado a la plástica desde el campo de la poesía. Su lucha con los factores representativos para expresar esos estados de ánimo se transforma en un intento muchas veces fallido y la significación aparece obscura, porque la forma no responde al espíritu que la impulsó.

El superrealismo, pese a los esfuerzos de algunos de sus más conspicuos cultivadores, atraviesa una etapa difícil. Yo creo que esta escuela ha producido frutos del más alto valor estético. Dejando de lado ciertas elucubraciones desorbitadas de André Breton y de Max Ernst, la obra de Salvador Dalí, de Ives Tanguy, de Jean Miró, cuando realiza en tangibles expresiones morfológicas la impresión de sueños, de *révoulements* o de simples estados anímicos justifica esta revolución pictórica. Contra lo que suele creer, el espíritu que anima al superrealismo no es de ahora—aun cuando ha sido nuestra época la que ha visto la eclosión máxima en que armoniza la forma y el espíritu—sino que tiene sus antecedentes más lejanos en algunos pintores considerados dentro de un cartabón clásico como Mantegna, Leonardo y Bruegel, entre los más ilustres.

No debemos, pues, sentir exsesivos apremios de nuestra ortodoxia de la visualidad pura cuando nos situamos ante estas obras. Abroquelémonos tras el autorizado nombre de Kant en su afirmación de que no vemos la realidad, sino una imagen figurada y construída por nosotros mentalmente. De esta forma el *surrealisme* entra en el ancho campo de la fenomenología.

Lo que ocurre es que muchas veces se confunden las imágenes superrealistas con las abstractas. Las primeras responden a una realidad que está más allá de la zona visual exterior, que la supera y la desborda; las segundas son una simple representación plástica en la que se busca la armonía y el ritmo colorista. Lo abstracto está más cerca de los movimientos puristas y niega, en su aversión del tema, el superrealismo. Y así, tam-

bién en esta exposición se confunden lamentablemente estas dos direcciones opuestas del arte más actual.

El ejemplo más útil que debemos presentar está en el citado Antúnez. De sus tres obras expuestas, dos son abstractas y la tercera es una visión plenamente real de la naturaleza. En *Bosque petrificado* nadie puede ver otra cosa que una deliciosa armonía decorativa de planos coloreados y de líneas. Igual se puede decir del envío de la señorita Rivadeneyra.

Las imágenes de Braulio Arenas y de Jorge Cáceres recuerdan en forma excesivamente ostensible al maestro común Max Ernst. *El monumento a los pájaros* y otras obras con aire de estampas de «física recreativa» rememoran el *surrealisme* de la primera época (el de *La bella jardinera* y los «sueños-objetos» y «poemas-objetos») que solía confundirse con el dadaísmo. Después el extraordinario Dalí ha puesto un poco de orden en el maremagnum de esta escuela.

Ningún movimiento artístico, por desorbitado que parezca a quienes no saben salir del camino angosto que se trazaron, se realiza en vano. Asustarse del superrealismo, condenarlo o, peor, desconocerlo con cierto gesto desdeñoso no es prueba de amplitud comprensiva. Por lo demás estas actitudes no llegarán a borrarlo de la realidad. El hecho de su existencia es innegable y como todos los movimientos anteriores, romanticismo, realismo, impresionismo, cubismo, etc., no por haber sido combatidos por el dogmatismo beato de cada época han dejado de aportar al arte valiosos elementos entre la ganga contenida.

Por eso mismo esta modesta exposición, ignorada o combatida por la crítica oficialista, debe ser bien recibida.

Exposición Larraín Peró

En la Galería Eyzaguirre ha expuesto sus obras el pintor chileno Hernán Larraín Peró. Se trata de un artista que ha pasado sus años de aprendizaje en Francia. De la capital fran-